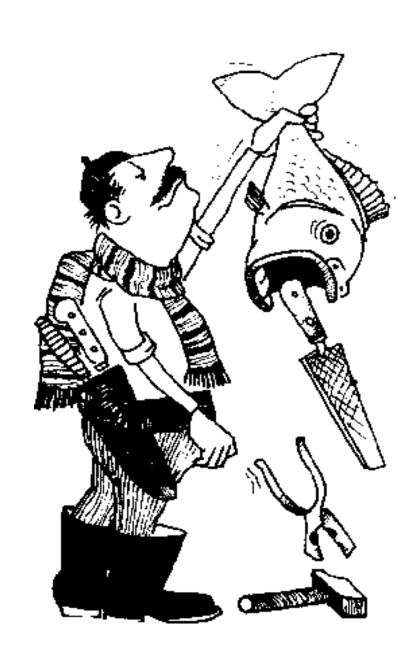
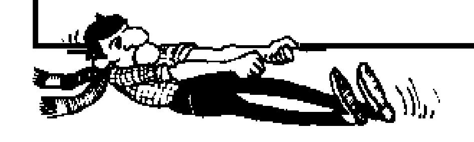
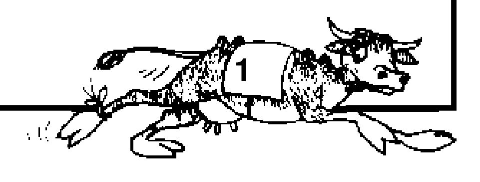
ANTOLOGÍA DE LA APROPIACIÓN INDEBIDA
La viveza criolla al servicio del hurto.



Basada en un anecdotario del ex Saladero Liebig´s y del Frigorífico ANGLO

RENÉ BORETTO OVALLE

EL AUTOR

RENÉ BORETTO OVALLE, nació en Fray Bentos (Uruguay), el 20 de mayo de 1947.

Desde 1966 comenzó a realizar estudios arqueológicos e históricos que le llevaron a crear el Museo Municipal de Historia Natural de Río Negro y mediante esta entidad, organizar y coordinar cuatro de los primeros seis congresos nacionales de la arqueología uruguaya.

Tiene una profusa lista de trabajos con resultados de sus investigaciones, ofrecidas al conocimiernto mediante eventos nacionales e internacionales en autoría directa o en co-autoría con estudiosos nacionales y extranjeros.

Es autor de la «Historiografía de la Ciudad de Fray Bentos (Período 1857-1890)» y de otras publicaciones donde ha dado a conocer investigaciones históricas de la ciudad y del Departamento.

En la actividad municipal, ocupó la Dirección de Cultura y la Dirección de Turismo, estando actualmente a cargo del Proyecto del Museo de la Revolución Industrial, reciclaje y aprovechamiento turístico-cultural del patrimonio del ex- frigorífico ANGLO.

Desde 1985 incursiona en la narrativa, contando a la fecha con un centenar de cuentos y tres novelas inéditas. En 1988 fue Primer Premio «Melvin Jones» de la Asoc. Internacional de Clubes de Leones y ha sido premiado por la O.E.A. por sus cuentos, publicados en la Revista «Américas».

Debido a sus tareas de recuperación del patrimonio histórico, fue designado como Corresponsal en Uruguay del Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial (TICCIH) con sede en Inglaterra. Ha concurrido a eventos mundiales de esta entidad en Canadá y Grecia y ha usufructuado becas en Alemania, Inglaterra y Francia (Becario de I.G.E. 1995 de Rotary International).

Esta edición es el resultado de la tarea de conservación de la herencia cultural oral de su ciudad, en el rescate de vivencias y testimonios de vida de los obreros del frigorífico local.

Título original:
«Antología de la apropiación indebida»

Primera edición
Setiembre 1993

Segunda Edición
Octubre 1999

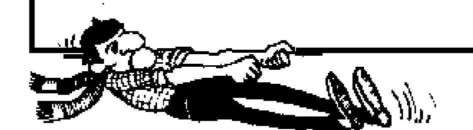
Tercera Edición
Enero 2004

Relatos:

René Boretto Ovalle

Ilustraciones:

Ricardo Ríos Cichero





POR QUE

UN BINOMIO ESCRITOR - DIBUJANTE.

Antes que nada, por la posibilidad de hacer conocer en conjunto a dos personas dedicadas al arte; el uno al de relatar, el otro al de dibujar.

Paralelamente, difundir el resultado de ambos creadores.

No es fácil llegar actualmente a la instancia de la edición y cuando puede alcanzarse esta posibilidad, qué mejor que congeniar las obras y ofrecerlas al conocimiento público en forma conjunta.

Y en este caso, seguramente se asocian perfectamente ambas modalidades artísticas.

Los relatos de Boretto Ovalle, basados en lo risueño de la anécdota, necesitaron de la creación del lápiz de Ríos Cichero para lanzarse juntos a ponerle límites y formas a la imaginación del lector.

RICARDO RÍOS CICHERO, dibujante, pintor, escritor, hombre de teatro, nació en Fray Bentos, el 29 de diciembre de 1943.

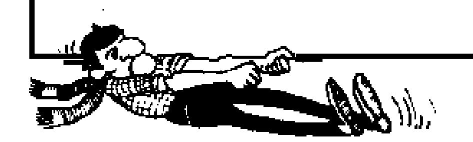
Fundamentalmente tiene una formación autodidácta, aunque en la pintura reconoce haber tenido una influencia de su maestro Luis A. Solari.

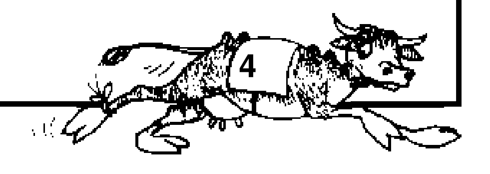
En literatura, obtuvo -en cuentos costumbristas- el Primer Premio en el Concurso del Centro del Centro Cultural Armonía de Fray Bentos, siendo jurados Juan Ilaria y Julio C. Da Rosa (1978) y el Primer Premio en prosa del Concurso organizado por el Ministerio de Educación y Cultura para exaltar los valores del interior del país (1979).

Su labor de escritor se ha encauzado hacia el teatro, donde ha realizado encomiable labor de formador y director. Ha escrito cinco obras de teatro, estrenadas por el Grupo Municipal de Teatro de Fray Bentos. Dirigió este grupo desde 1981 a 1986 y retomó esa labor nuevamente en 1992.

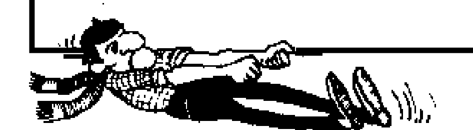
Cabe destacar de Ríos Cichero, su labor como dibujante y pintor. Ha obtenido, entre otros, los siguientes premios: «Premio José M. Cerdeiras» (a los valores jovenes de la pintura nacional) (1967), Premio en Salón del Interior de Rocha (1979), Premio en Salón del BROU; 3er. Premio en Salón Nacional de Paysandú (1989).

Poseen obras de él, colecciones privadas de Uruguay, Argentina, Estados Unidos, Inglaterra e Italia.





SUMARIO





«Antología de la apropiación indebida»



Robar: «tomar para siglo ajeno, o hurtar de cualquier modo que sea».

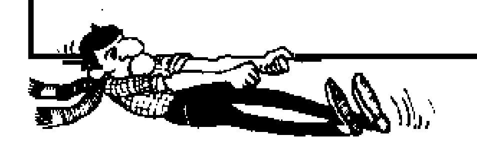
Siempre ha estado mal robar. Conceptos sociales referidos a la propiedad individual determinan que esa prohibición de apoderarse de la propiedad de otros sin su consentimiento. Pero el hombre siempre lo ha hecho, y lo seguirá haciendo. Por necesidad, por deporte, por obligación, por placer, por aventura, por enfermedad, por hambre, por negocio, por celos, por envidia... es una patología intrínseca del ser humano quien no sería tal -pienso- si rumbos el sentimiento a veces irreprimible, de quedarse para sí lo que él mismo sabe que es propiedad de otro aún cuando infrinja una ley de la sociedad.

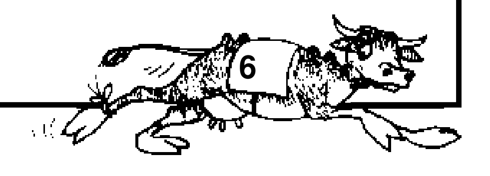
El robar adopta a veces la forma de problema social. Es en sí un fenómeno social y cuando enfrentamos un caso como el que elegimos ahora, donde los hombres se encuentran nucleados con el fin de cumplir una función social como es la de trabajar, el robo forma parte de la esencia misma del hombre y lo define con claras facetas en el medio cultural en que se desenvuelve.

El fenómeno del robo, cuando existe la complicidad, o cuando el autor se siente con menos culpabilidad «*porque también a que el otro lo hace*», se hace parte de la actividad diaria, menospreciando el peligro de los controles o, inclusive, desafiándolos, perdiendo la noción de cuánto se ariesga a perder en comparación con el monto de lo sustraído.

Este libro está basado en una realidad las «*apropiaciones indebidas»*, suscitadas diariamente a través de decenas de años en el que fuera el ex frigorífico ANGLO, estudiado históricamente por el autor como parte del proceso industrial de aprovechamiento de la carne en el Río de la Plata y, más genéricamente, estudiando la historia misma de la ciudad de Fray Bentos, que creció y vivió más de cien años «atada» a los avatares de la empresa.

No es esta publicación, en esencia, una apología del robo. Ni siquiera una búsqueda de justificación para el mismo. Tampoco es un revisionismo histórico, como si acaso hubiésemos descubierto en los robos una causal de la desaparición de la





industria del medio.

Tantas y reiteradas veces aparece la anécdota del hurto en las citas de las que fueron historias del ex-frigorífico, que uno se pone a pensar todo lo que estuvo detrás del fenómeno social del robo. Tantas y tan visibles fueron las formas de sustraer, tanta picardía, tanta inteligencia puesta al servicio del «arte» de robar, tanta «viceza criolla» aflorando a cada instante, que -para mí como escritor- me resulta imposible perderme la oportunidad de hacer racimos de relatos y ofrecerlos al conocimiento masivo.

Como decía al principio, el robo siempre fue delito y dentro de nuestros cánones sociales, punible. No es nuestra intención remover aquellas cenizas de tiempos pasados, ni desenmascarar culpables. Ni tampoco -como si acaso pensáramos que el tiempo ha tenido un manto de prescripción sobre ellos- justificar o ensalzar a los autores. Las anécdotas en que nos hemos basado, son realmente interesantes.

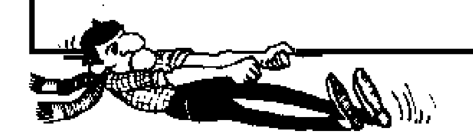
Una advertencia, no obstante. Los relatos han sido basados en anécdotas pero no son las anécdotas en sí. Hemos procurado rodear al «cuento» de la situación, con elementos propios de la actividad de la fábrica, resaltando aspectos de su producción, de sus problemas sociales, de sus actividades industriales, de la vida misma de cuanto allí sucedía. Es, cada relato, pues, una recopilación de historia del ex ANGLO.

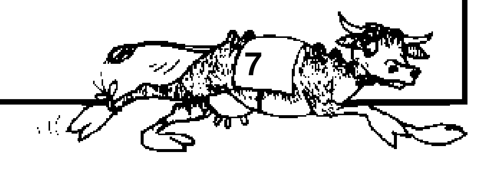
Por otro lado, hemos cambiado los nombres de los «actores» y cualquier similitud con un nombre propio que identifique a alguien en especial, o cualquier descripción que le haga acordar a alguien en particular, es producto de la casualidad.

Disfrute. Así de simple, de la anécdota como tal.

A mí como autor, además de ello, me queda la satisfacción de haber recuperado una parte, aunque sea pequeña, de aquel fenómeno social que fue la maravillosa actividad de la mayor y más productiva máquina de explotación intensiva de las riquezas agropecuarias del Uruguay, la que paradójicamente, nos robó a los fraybentinos la y idea, el impulso y la necesidad de montar otra industria en el medio, sin alertarnos que una vez se terminaría la «gallina de los huevos de oro» y que pagaríamos muy claro el sentirnos huérfanos de una fuente de trabajo tan fenomenal cómo fue que el ANGLO en su tiempo.

René Boretto Ovalle
Autor





I
«El imitador»



El «Chueco» sí que sabía imitar a los animales. No había trino de pájaro, ni maullido de gato, ni ladrido de perro, ni rebuzno no que se convirtiera en impresionante realidad en los labios y sonidos guturales de «El Chueco».

Constantemente se valía de su arte para divertir a los compañeros de la sección Matanza, poniendo la cuota de esparcimiento el medio de las horas interminables de las faenas, llenas de sangre, de gritos, de mugidos, de balidos y del sudor del esfuerzo a veces sobrehumano para «probarse» a «pasar la cuota» y romper el récord del día anterior de las doscientos cincuenta vacas por hora.

Los capataces estaban ya demasiado hartos de corregirlo y de llamarle la atención, sobre todo cuando la broma pasaba de color subido y se convertía el molestia y queja de los aludidos.

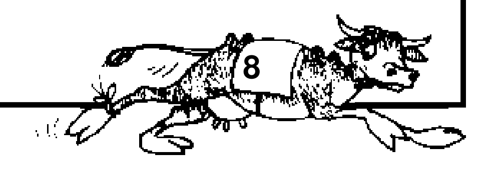
Pero el Chueco estaba en su salsa. ¿Qué mejor sitio para dar rienda suelta a su malabarismos vocales que aquella amplísima «playa» de faenas, donde resultaban como un eco en plena montaña los sonidos más fuertes que el rumor monótono de la faena misma? ¿Qué mejores oportunidades, cuando, por una costumbre tan característica en grupos humanos cuando pasan la mayor parte de sus vidas trabajando juntos, se ponen sobrenombres o alias, resaltando aspectos físicos de todos y de cada uno de los amigos?

No en vano a cada cual se le daba «un sayo para ponerse» y lo hacían con tanta picardía, con tanta justeza que ni siquiera el aludido lo rechazaba e, inclusive, terminaba el mismo identificando ser con el sobrenombre más que con su propio nombre.

Por eso es que, en esta sección como en otras, más que en una fábrica, parecíase estar en un zoológico. En el «pavo» Mejías, el «pollo» Barceló, en el «chancho» Paredes, el «caballo» Rodríguez, el «burro» Machado, el «carpincho» Merello, el «avestruz» Hernández, el «potrillo» Ramírez, la «vaca» Alvarez, el «camello» Sebastián, el «perro» Villalba...

El Chueco -que aunque no tenía alias de animal igual sea había ligado su propio sobrenombre- estaba, entonces, en su gloria todo el santo día. Un rebuzno por acá, un relincho, allá, un cacareo después.







Aunque no siempre las cosas le salían bien. Cuando se le subían las bromas a su más alto sentido, caían también los capataces o los controladores que, por supuesto, no veían de buena gana el detrimento de su autoridad con este tipo de bromas. Así, no fueron pocas las suspensiones cuando, el medio de la aparente tranquilidad, se eleva desde todo el mundo sabía dónde, un estridente «uaaca!», destinado al capataz general, el «gallineta» Martínez.

Pero hubo algunas veces en que el arte de imitador de el Chueco, le valió algo más que las risotadas y festejos de los compañeros.

Un día, al terminar la matanza, varios de los amigos se reunieron para planificar un festejo del cumpleaños de el «pata» Curbelo.

- Yo pongo el vino, dijo el «carpincho».

- Mi vieja me hace el pan casero, agregó que el «caballo».

- De mi quinta y llevo las lechugas y los tomates, ofreció el «tero».

- Y vos, Chueco, que ponés ?

- Yo llevo el lechón, espetó sin achicarse.

Risas y algarabía general festejaron el ofrecimiento, sobre todo sabiendo de la modestia de pobre Chueco.

- Y de ande vas a sacar un lechón vos?

- Naide pregunte! Yo pongo el lechón, ta?

Culminada la charla, como zonzo, el Chueco enfiló hacia los corrales.

Cientos de cerdos esperaban su «San Martín».

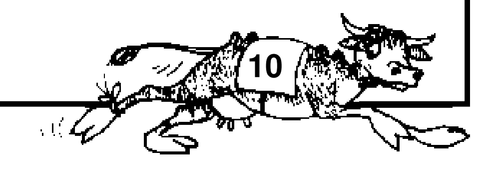
- A vos mismo, dijo el Chueco, y acorraló contra la pared a un lechoncito. Como pudo, acomodó el animal bajo su ropa de abrigo y se dirigió a la salida.

Con la más grande de las de sus desvergüenzas y con la más valiente de las decisiones, enfrentó a los inspectores de Puerta, aparentando cerrar el saco contra su pecho para aliviar el viento frío de la tarde. Pero el chancho, como queriendo dar un aviso, chilló bajo la ropa, apenas traspasado el control.

Cuando todo parecía venirse abajo y cuando los sabedores del hurto creían ver el desenlace fatal, el portero se sonrió y, moviendo la cabeza dijo:

- ¡ Este Chueco !... Es genial imitando a un chancho !!!





II
«DESAYUNO»



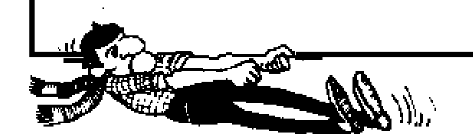
Los días se hacían largos dentro de la fábrica cuando, aprovechando que había mucho trabajo, algunos de los operarios de «anotaban» en la chapería para ser tenidos en cuenta para horas extras en otras secciones a las que habitualmente se desempeñaba.

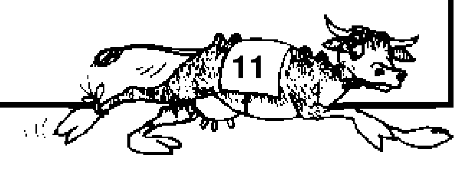
La crisis de la guerra en Europa hacía del ANGLO la real «cocina del mundo» y la actividad era incesante, así como interminables las producciones que salían del puerto para los soldados aliados.

En razón de esta posibilidad de trabajo, mucha gente pasaba una semana entera sin salir de la fábrica, mientras los familiares, en el propio barrio , o en la cercana ciudad, conscientes de la situación, les hacían llegar diariamente «la vianda» con los alimentos, lo que generaba, a la entrada del establecimiento, las largas «colas» de los que las traían. Ya retirados los alimentos, las viandas no regresaban vacías al hogar. Seguramente algunas achuras, algún riñón, algunas lengüitas de cordero, algunas mollejas, hacían el viajecito de vuelta a la casa, con alguna que otra cartita del obrero «p ´a la patrona».

Julián era de esos gurises recién entrados al ANGLO. Como lo hacían casi todos, había mentido sobre la edad, para poder ingresar antes de cumplidos los trece. Era una consigna para cada fraybentino seguir el camino del viejo o de la vieja y «conchabarse.» en el ANGLO, como si se siguiese un rito sagrado. Fácil, dos de cada familia trabajaban en el frigorífico.

Pero dentro de la fábrica, no era cosa de gurises. Había que hacerse hombre de apuro y aprender los oficios más inverosímiles. Desentrañar los secretos de la tarea y romperse todo para quedar prendido al trabajo. Por eso es que Julián tenía





que depender de los veteranos y andar como un perrito detrás de los más conocedores para afrontar la aventura del trabajo de cada día.

Así fue aprendiendo las cosas que solamente la experiencia aporta al conocimiento, las «mañas» que se contagian de hombre a hombre, el «ritmo» de la tarea y los momentos para cada cosa. Los momentos para trabajar como burros, los momentos para hacerse un churrascos a las escondidas sobre los caños del vapor, los momentos para pasar por el comedor «de las mujeres» y dragonearse a «la Panchita» y aún los momentos de «hacer el sebo», escabullendo el bulto a los inspectores y capataces.

El «Pitín» Magallán resultó entonces, para Julián, un compañero casi inseparable y un maestro en el arte de sobrevivir en esa selva espesa de edificios de cinco hectáreas de superficies techadas.

Una vez, tras algunos días dentro del ANGLO y en momentos de feroces vigilancias en que era muy poco probable transgredir las normas de los ingleses, Julián le confió a su padrino:

- Toy muerto de hambre, «Pitín»... La vieja no me ha mandau las milanesas y no he comido desde ayer.

- Ta bien, gurí... ¿qué querés desayunar?

- No me agarrés pa´la joda, hermano... Te lo digo en serio...

- Yo también te lo digo en serio. Vení a tomar la leche, «ternero»...

Sorprendido y convencido que todos los días aprendía algo nuevo en esa caja de sorpresas que era la fábrica, Julián siguió confiado al veterano. Este miró hacia todos lados inspeccionando por si venía alguien a la entrada de las camaritas y en un santiamén se metió en el edificio. La cámara estaba vacía. Solamente las paredes blancas y la frescura de un refrigerador.

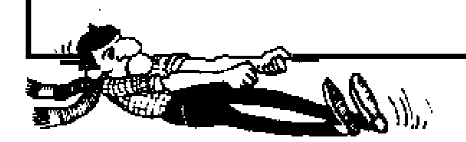
«Pitín» se acercó a un rincón, sacó de encima de un pretil un largo y delgado caño de aluminio; se arodilló frente a la pared e introdujo el objeto entre los ladrillos.

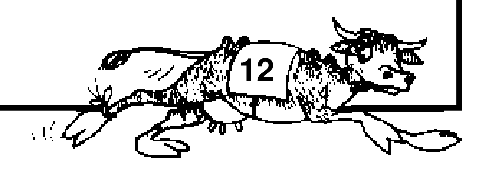
- Vení y chupá... - le dijo al pibe - .

- ¿¿Qué?? - Dale, chupá qu´es el desayuno...

Confiado, Julián comenzó a sorber. Una leche fresca y sabrosa pasaba por el tubo enchufado en la pared mágica. Cuando se hubo saciado, cedió el sitio a su compañero. Magallán cumplió también con el rito, en cuclillas delante de la pared blanca, como si fuera un judío frente al muro de los lamentos.

- Del otro lado guardan los tarros de la leche para los que hacen trabajos insalubres. Los pintores y los del amoniáco, vos sabés... Los muchachos nos dejan

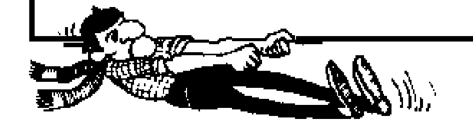


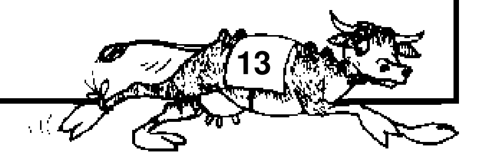


abierto uno de los tanques justo donde desemboca el tubo... y todos los días tenemos el desayuno.

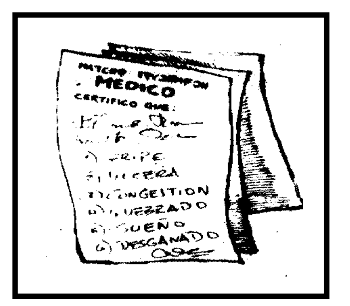
Cumplida la tarea, ya ducho en la materia, el padrino de Julián sacó una hojilla de fumar, la mojó con saliva, y la puso en el agujero proveedor de leche, sellando la marca del delito.

De más está decir que Julián, desde este día, no pudo desprenderse del sobrenombre de «ternero» ...





III
«EL AFILADOR MENTIROSO»



Perico Valdés era de los tipos más haraganes que tuvo el Anglo. En toda su historia. Si hubiese habido un premio a los inventores de síntomas de enfermedades, ése habría que habérselo dado a Perico.

Era visitante consuetudinario al consultorio médico en la Caja de Compensaciones. El historial ya había llenado decenas de tarjetas y desde hemorroides hasta parálisis facial, todo lo había inventado, pasando por las diarreas, cólicos renales, intoxicación etílica, pre-infartos del miocardio, rengueras de perro, falta de visión, alergias, colesterol alto, anemia aguda y quebraduras del caballete nasal.

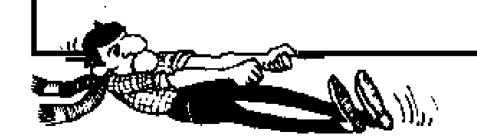
Como una forma da "robar" a su manera, Perico inventaba sus enfermedades, sacando certificados médicos para pasarla sin trabajar. Y cuando se arrepentía de ser tan extravagante con sus achaques, tenía la misma facilidad para inventar otras excusas. En sus fichas también figuraban muelas extraídas, cuatro padres y dos madres muertos, cuarenta extracciones de sangre y veinte días de licencia para acompañar – desde el volante de una cachila- la marcha a pie de los obreros a Montevideo.

Pero un día la suerte se le terminó a Perico. Uno de esos días en que - por rara casualidad – tuvo que ir a trabajar a la matanza.

Pero era, aparte de mentiroso empedernido, un buen manejador de la "chaira" para afilar las cuchillas o "naifes" de sus compañeros.

En esta tarea estaba cuando, por la cola que siempre el Diablo mete en algún sitio, la chaira le resbaló de sus manos engrasadas y la filosa punta se le metió hondo en el vientre. Al salir el delgado fierro, debido a su forma cónica, pareció ni dejar marca.

El doctor vino apresurado al llamado. Perico estaba sentado. Arrollado, al parecer por el dolor intenso. Acurrucado con las manos tomándose el vientre.





 - A ver... mostráme! . Le dijo el médico. Perico se bajó la ropa y un pequeño rasguño, del que ni manaba sangre, se perdía entre los vellos del pubis.

- Otra vez con las mentiras tuyas ¡ Cuando no te robás una "manta", querés robarte alguna licencia médica. Esta vez no me vas a engañar, Perico. Dale! Andá y seguile pegando al trabajo!

Perico se paró refunfuñando. Tomó la "chaira" y su "naife" y se metió otra vez en la maraña de hombres y bestias colgados en la playa de faenas.

Al punto de terminar la labor, Perico se sintió mareado. Dejó caer al suelo sus utensilios y apenas pudo tomarse del brazo de Maneco, para no caerse.

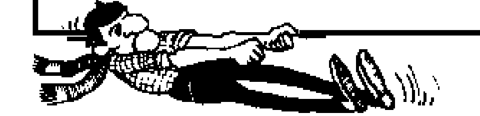
- Esta vez es en serio, carajo! ¿Tendré que morirme pa´que ustedes me crean ?

- Y Perico cayó de bruces, crispadas las manos arañando el vientre adolorido. Cuando lo llevaron a la enfermería, ya no había caso. Una hemorragia interna lo había liquidado.

- La única enfermedad real de su vida, lo había llevado a la muerte. Y paradójicamente, por la única que no le dieron certificado.

- Bueno... certificado le dieron... El de defunción.





IV
“QUIEN ROBA A UN LADRÓN...”

Venancio tenía una gran fama de “vivo” dentro de la fábrica. Hábil para los negocios, nunca salía perdiendo nada y era muy conocido por quienes, a pesar de saber que era “ligero”, a veces se descuidaban y entraban en el juego de compra y venta que Venancio les ofrecía.

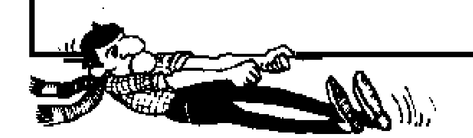
Era casi como un deporte ofrecer cosas para vender, en unos negociados que, la mayoría de las veces, no se comprendía cómo era que le producían ganancias. Era así que mucha gente pensaba que Venancio era “débil de mente” y que su afán por vender cosas era parte de su locura.

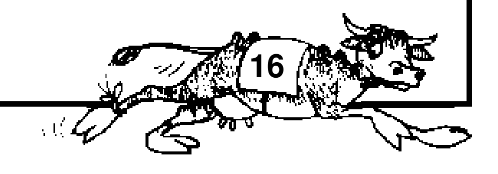
Cierta vez, le contaba a todos sus amigos que había hecho “el negocio del mes”, porque había pagado un peso con veinte por un saco y lo había revendido en doce reales. Nadie pudo hacerle comprender que aunque había desembolsado solamente un papel y una moneda, eso era la misma cantidad que las doce monedas de diez centésimos que había recibido por su fabulosa transacción.

Era la época de las “vacas g9ordas”, cuando la Liebig trabajaba enormemente y le regalaba las achuras a los obreros y mandaba importantes cargas de carne para la iglesia para que lel Padre Echeverría la distribuyera entre los pobres de la parroquia.

No obstante, la intrínseca costumbre de “pelarse” algo de la fábrica, era tan propia de cada uno, que era difícil que no se hiciera el camino de regreso a casa con algún “recuerdito” de la Liebig. A pesar de las vigilancias, las salidas ilegales de cosas del establecimiento, era algo de todos los días.

Por eso, el turco Amán, se había instalado como reducidor de mercaderías robadas y trabajaba más con eso que con las ventas de su pobre “boliche”, en el camino, cerca del puente del arroyo Laureles, Cada autor de una fechoría en el saladero, pasaba casi incondicionalmente por lo del turco, quien le adquiría por mucho menos de su precio real, la “prueba del delito” o se la cambiaba por un litro de vino, medio kilo de yerba o algunas alpargatas.





Pero con Venancio las cosas no le iban a ser tan fáciles.

-Te via´joder, turco tramposo –se juraba Venancio cada vez que le vendía algo y salía desconforme con el trato-.

Lo que más le dolía eran las palabras llenas de sarcasmo cuando alguien quería reclamar al turco un precio más justo. "El que roba a un ladrón..." parafraseaba el astuto comerciante.

Aquella tarde, Venancio se sintió repleto de satisfacción, imaginándose la cara del turco cuando descubriera la broma que le estaba aprontando. Consiguió una lata vacía de las que usan en la fábrica para las grasas finas y óleos. La llenó de agua y, pacientemente, tapó con estaño el orificio por donde introdujera el líquido.

Y con la lata a cuestas, pasó como distraídamente por la vereda de lo del turco.

-Te doy uno ochenta por esa lata, Venancio! –re relamió Amán-.

-Tas loco, turco... vos bien sabés que cuesta más de tres pesos... Si no es por esa plata, no la largo!

El turco sabía bien que realmente, la grasa refinada, vendida por kilo, le daría bastante más que tres pesos y no dejó escapar la oportunidad. Hicieron el trato y Venancio remontó la subida de la calle Brasil hacia el centro, acariciando los tres billetes.

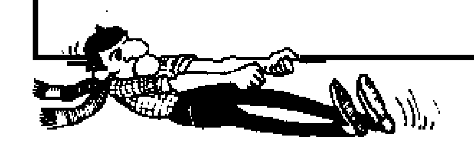
Como saboreando el triunfo, Amán, cuchilla en mano, abrió la lata y cuál no fue su sorpresa al encontrarse con la realidad. Lo que más le dolía eran los tres pesos y así fue que se dirigió a la comisaría para hacer la denuncia lo que de inmediato originó una búsqueda policial contra Venancio, aunque de mala gana, porque el Comisario sabía que, por fin, alguien le había pagado al Turco con la misma moneda...

Al rato, Venancio estuvo frente a frente con el Comisario.

- Mire, don Jefe, si yo paso con una lata por enfrente de la comesaría y usté de la quiere comprar y yo le digo que vale tres pesos, el que me la compra es usté. Si no pregunta lo que tiene adentro, la culpa no es mía... Así que yo se la vendo nomá...

La filosofía –notan de loco – de Venancio, hizo escapar una sonrisa a los milicos.

Cuando lo dejaron ir, le palmearon el hombro al viejo y casi lo felicitaron por la idea.





V
“APRESAR A LA BANDA”.



En la puerta del saladero había un puesto policial. Era poco lo que hacía, pero, por lo menos, había “presencia de l´autoridá”.

Era tan poca la importancia que el Jefe Político le daba al destacamento, que desde hacía años había puesto al pobre Fadoque como encargado. Fadoque había venido del campo, como tropero. Pero como un día se cayó del caballo y quedó medio rengo por las quebraduras, no pudo salir más a las sacrificadas tareas y el Gerente del Saladero lo hizo poner “de milico”, cosa que desde su nombramiento cumplía con gran responsabilidad y al pie de la letra cada orden que recibía.

El pobre hombre era tan bruto y “desleído” que no había cosa que interpretase tal cual era la realidad, y los superiores tenían tantos antecedentes que más valía ya no ordenarle nada.

No obstante, había sido alertado por el Señor Jefe y por el Señor Gerente, que andaban detrás de los pasos de una “banda” de ladrones, que estaban haciendo estragos dentro del establecimiento, porque las situaciones de robos pasaban ya el límite de lo “aceptable”.

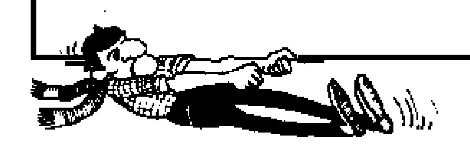
- Usté no proceda, Fadoque. Vigile desde su puesto, pero no haga nada hasta que le demos la orden, sabe? –le habían dicho-.

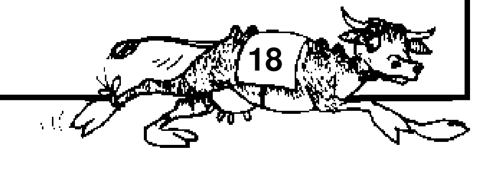
La mente detestivesca de Fadoque comenzó a elucubrar sobre la identidad de los integrantes de la “banda” y, a su manera, los fue reconociendo, hasta saber quienes realmente eran. Pero, tal cual lo ordenado, esperaba la oportunidad para actuar.

- El domingo será el momento. Ese día es el que los puedo agarrar a todos juntos –se imaginó Fadoque – y así se lo comunicó al Jefe.

- - Ya los tengo reconocidos, señor... Deme la orden y se los traigo a tuitos!

¿Quién podía decir que esta no era la oportunidad para darle a fadoque ¿ Y así





fue que el Comisario le dio permiso para que hiciera la captura.

De esta manera, presto para la acción final, el bruto de Fadoque se escondió tras una palmera, a la entrada de la casa del Gerente. Esperó hasta escuchar los sones de la orquesta de “La Estrella”, que todos los domingos después de misa hacían la recorrida porel barrio. Cuando los tuvo cerca, les salió al paso.

-Alto tuito el mundo ¡ -se le enfrentó al Maestro Guerresi – Están detenidos... en nombre de l ´autoridá!

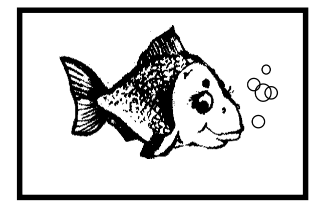
- Pero Fadoque... ¿qué significa todo esto? – li inquirió el director de la banda musical -.

- A mí me dijeron que detuviera a la “banda”... Así que... haciendo fila! Pa ´la comesaría... tuito el mundo!

- No hubo forma de convencer a Fadoque, que echó mano al sable de caballería que arrastraba por el suelo. Así fue que la Banda, por primera vez en su historia, tuvo que transitar las calles del barrio, en silencio total...



VI
“EL QUE QUIERA PESCADO...”



Yo no sé qué origen tiene el nombre de “ladrón” aplicado al lugar donde se retenían por toneladas los desechos de la actividad del frigorífico. Era como una gigantesca “grasera”, dividida en varios compartimientos estancos, donde llegaba toda el agua de distintas reparticiones, mezcladas con todo tipo de desperdicios. Todo se amontonaba en ese lugar, donde flotaba en el agua y desde allí se sacaba para luego utilizarlo, desecado y molido, para mezclar con otras cosas y dar resultado a los fertilizantes orgánicos que también se vendían.

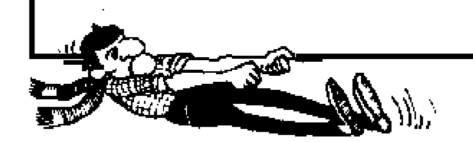
No en vano se decía que en el frigorífico “del vacuno lo único que se pierde es el mugido...” porque todo lo aprovechable del animal, se procesaba de una manera u otra.}

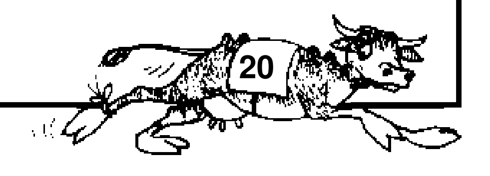
En el “ladrón”, había orden de no dejar pasar nada en el agua, la que debía seguir desde allí hacia el río lo más limpia posible, desembocando en un gran cañ9o –también llamado por añadidura “el ladrón grande” – y donde se producía el más gigantesco e inimaginable amontonamiento de peces, en el fluido que daba de comer a los animales que se podían pescar con la mano o acaso con una “fija” hecha de varilla de hierro.

Los alrededores del caño, eran codiciados por los obreros que, en sus momentos libres, pedían permiso para ir a pescar. Así decenas de hombres rodeaban el sitio y desde la costa o embarcados, aprovechaban la bonanza.

Cuando aflojaba la vigilancia, era común que este “ladrón” fuera la salida ilícita, directa al río, de paquetes conteniendo diversos productos, o “mondongos” de vacunos, que los “pescadores”, usando ganchos, los atrapaban y los subían a sus chalanas en la oscuridad de la madrugada.

“Pachengo” era uno de esos pescadores circunstanciales. Un día, junto con sus botas y el bolso de enseres de trabajo, llevaba colgando un “dorado” mediano, fruto





de la pesca en el "ladrón". Al pasar por la puerta, el sereno le revisó las pertenencias y no encontrando nada anormal, le cedió el paso, diciéndole:

- Con los enormes dorados que hay, a vos se te antoja llevar este chico... Mirá que no se puede ni comer... Es pura espina, "Pachengo"...

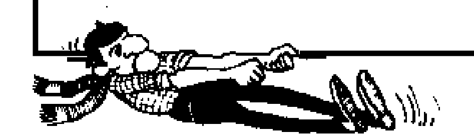
- No te crás... a este "dorado" lo vendo como en dos pesos...

El cuidador movió negativamente la cabeza, a la vez que saludó al obrero, sonriendo...

A poco de la salida del Anglo, "Pachengo" se detuvo junto a un amigo.

- Y... hermano ... ¿me la trajiste? . Mirá que tengo la plata...

- Claro! –dijo "Pachengo" – tomá... Y sosteniendo al dorado por la cola, lo dio vuelta y una llave "francesa" salió por la boca del pescado...

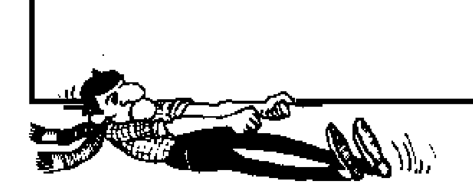


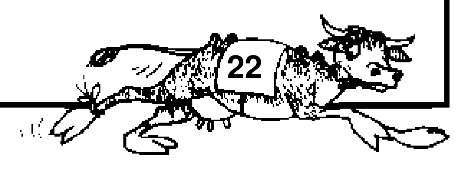




Erase una vez...

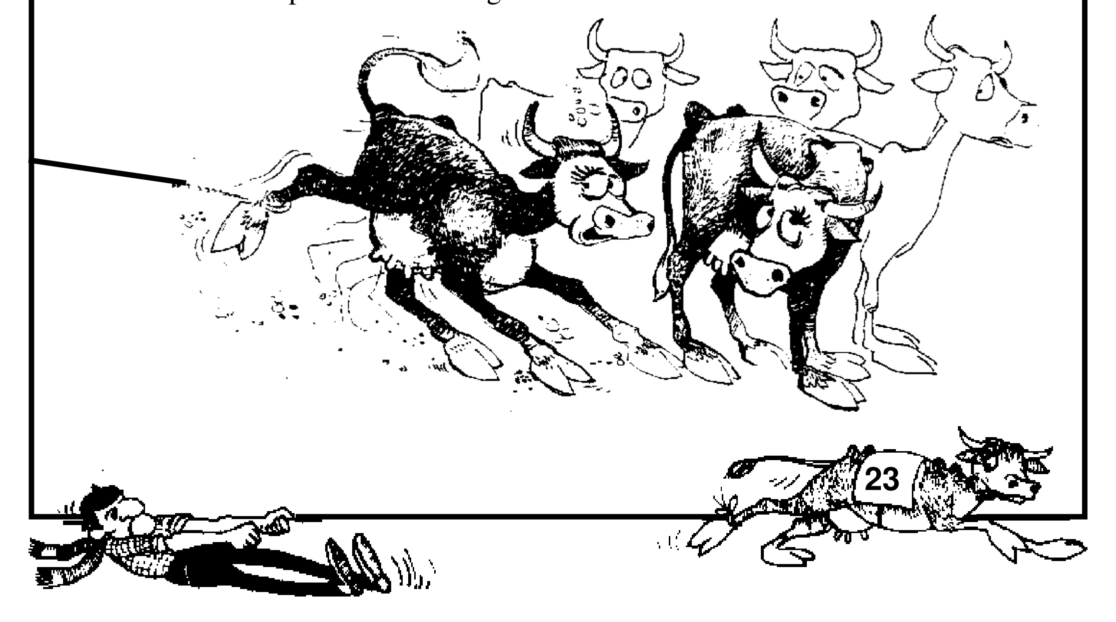
Las vacas eran cimarronas.
Y los campos sin el final abrupto
Que ponen los alambres de púas...
Las vacas eran abundantes
Y no había dueños legales
De esa inmensidad
De carnes y cueros desaprovechados...
Las vacas se confiaban
Que seguirían su vida tranquila
Y sus días quietos eligiendo pasturas tiernas...
Las vacas eran el fruto salvaje
De una tierra también salvaje,
Descuidada,
Desatendida e inexplotada...
Pero llegaron los hombres.
Llegaron los ingleses.
Llegaron los alemanes.
Llegaron las máquinas.
Llegaron las ideas de revolución industrial.
Y las vacas no fueron más cimarronas,
Los campos tuvieron sus alambrados
Y el fruto dio sus frutos:
El trabajo de nuestra gente.





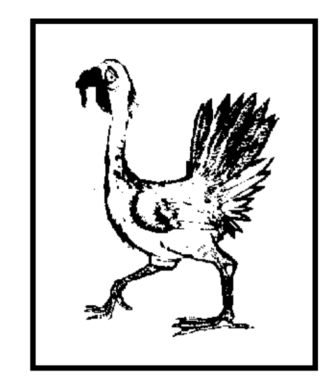
EL SALADERO Y EL FRIGORÍFICO.

Los gauchos dejaron sus lanzas.
Los hombres volvieron a sus familias.
Los pueblos se hicieron ciudades.
Las vacas se hicieron comida.
Y Fray Bentos se hizo cocina
Para el resto del mundo.
El rincón de las gallinas,
Antes sendero de cimarronas
Cobijó al hombre deseoso de trabajo.
Las carretas, las diligencias y los barcos,
Trajeron a los inmigrantes que se dieron
A una vida de labor.
Primero la Liebig y después el Anglo
Domeñaron la costumbre de las vacas
De vagar por nuestros campos.
Y los hombres, y las mujeres,
Gringos y orientales, se juntaron en la tarea.
Desollaron la vaca,
Evaporaron el extracto, enlataron la conserva,
Vieron con esperanza el humo de la chimenea
Oliendo a vapor con aroma a guano...





VII
PAVOS PARA NAVIDAD



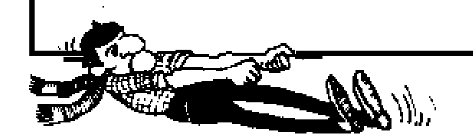
La época de la Segunda Guerra mundial fue para el Anglo de increíble actividad, obligándolo a trascender hacia otros tipos de explotaciones de productos, dada la seguridad de colocación en los mercados europeos, donde la conflagración impedía a producción normal.

A la explotación pecuaria, se le agregó, con singular éxito, la de todo tipo de productos de granja y el Anglo llegó a tener entre sus ventas, frutas, verduras y hortalizas envasadas, hechas dulce y otros subproductos. También procesó cerdos, conejos y varios tipos de aves.

Justamente –y en eso se basa nuestro relato- la costumbre de consumir pavos en Inglaterra para las fiestas tradicionales, hacía que este animal fuese muy requerido, contándose entre una de las principales producciones no tradicionales. Unos cinco mil seiscientos pavos en cada jornada de ocho horas, pasaban por el matadero, en una sorprendente actividad plena de maestría y originalidad en que se ocupaba decenas de obreros.

Atados por las patas, los pavos eran colgados, manteniéndolos en esta posición con una pesa de plomo que se le enganchaba de las narinas. Con un filoso punzón apoyado en el paladar, se sacrificaba el animal, produciéndole una herida en el cerebro que le hacía aflojar las plumas hasta tal punto que el operario, solamente mojándose las manos y pasándolas con fuerza por el plumaje, lo extraía al instante.

La manera de transportar las aves hasta el frigorífico era a través de trenes, pero como la estación del Middland estaba al otro lado del pueblo, los pavos tenían que ser "arreados" por miles, cruzando prácticamente la ciudad. La calle Brasil era el camino más corto para llevarlos hasta los corrales y ya era común ver a los pavos como si fuese un gigantesco rodeo, arreador a caballo adelante, tirando maíz para que los primeros fueran caminando lentamente seguidos por cuadras y cuadras de interminable caravana.





Sin duda, éste era un espectáculo extraordinario y, también seguramente, habría que de tener una gran fuerza moral para no adueñarse de alguna que otra ave cuando pasaban prácticamente por la puerta de la casa.

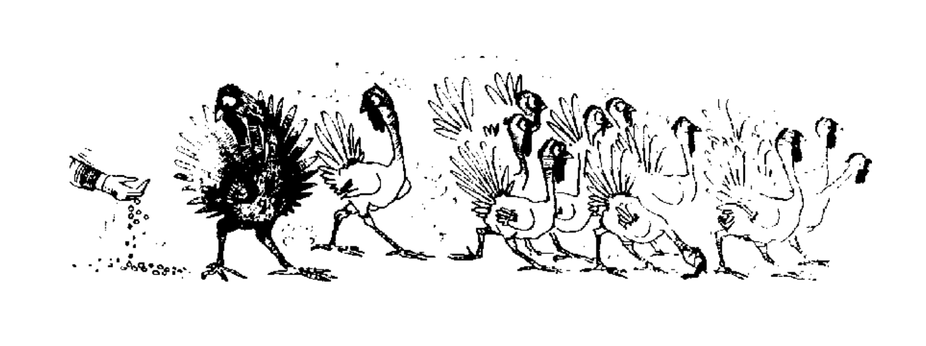
Por supuesto, hubo alguien que encontró la solución para salvarse del sentimiento de culpa y hacerse un pavo para Navidad.

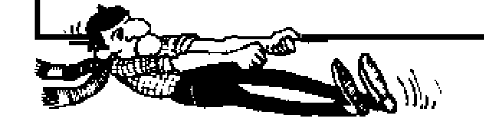
El "Chengo" García vio venir de lejos la multitud. Abrió las puertas de su galpón, sacó un banquito de madera, puso la pava con agua caliente a su lado y se dispuso a tomar unos mates mientras disfrutaba del "desfile".

"Chengo" saludó cordialmente al arriero, Muchas cuadras más allá, detrás del último pavo rezagado, venía el otro cuidador, cerrando la marcha. Los animales, guiados por el caminar lento y cansino de los anteriores, conformaban una gigantesca procesión, inundando el ambiente con apestoso olor y con sus gritos característicos, contestando a sus congéneres.

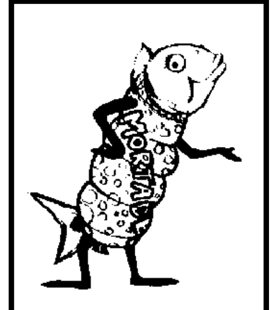
"Chengo" sacó de entre sus ropas una bolsa con maíz, hizo un caminito desde la calle hasta la puerta de su galpón y después, simplemente se dispuso a cebarse otro mate. Alguno que otro pavo, siguiendo los dorados granos llamadores, se metían en la casa, mientras "Chengo" se hacía el distraído.

\- Es una lástima, che –se justificaba- que los ingleses tengan pavo en la mesa para Navidad y uno solamente tenga que verlos pasar...









VIII
Otra de pescados.

Sin temor a equivocaciones, puede decirse que en el ANGLO fue el más extraordinario ejemplo de la explotación extensiva del agro industria uruguaya.

La intensa necesidad de consumo creada por la postguerra, cuando Europa estaba en obligatoria recuperación después de la segunda conflagración mundial, determinó que gran cantidad de productos elaborados con materias primas tradicionales, se exportaran para el viejo mundo, donde había, al parecer, un inacabable consumidor. Además de las conservas y extractos de carne y los tradicionales cortes de carne congelada o enfriada, aves de corral, cerdos, conejos, etc. pasaban por el procesamiento cuidadoso y tanto se vendían directamente como tales como también a través de subproductos embutidos. Los salames, las mortadelas y otros fiambres similares, tenían una fama de gran calidad.

Algunos «borrachos» de alma e incorregibles amantes de la bebida, tenían al alcance de la mano los toneles de vino de buena cuna, utilizado para mezclar con especias en la elaboración de los embutidos. No había problema al salir frente a los serenos. Total... la «prueba del delito» se llevaba puesta...

El «Zorrino» Alves, que era el celoso cuidador de los toneles, llegó a idear el mezclar el vino con el orégano, el laurel y las especias, como forma de evitar que se le «evaporara» el tinto. Pero igual se lo tomaban...

Varios «ideólogos» del hurto, ya habrían creado formas simples de llevarse los salames, por ejemplo, dentro de la caña de las botas altas, o dentro de la misma cal, cuando los pintores salían del portón «1» a cumplir alguna tarea en el barrio.

Pero el caso de las mortaldelas, era más problemático, por su tamaño.

«Juanucho» Peralta, pescador empedernido, era uno de los asiduos visitantes del caño de «el ladrón» para llevarse para la casa alguno que otro dorado o algún surubí. Los serenos no hacían problemas a quienes abandonaban la fábrica llevando





sus trofeos de pesca, dado que había nada malo en ello. Los peces eran tan abundantes a la salida de los desperdicios hacia el río, que era muy raro que quien tuviese una hora de descanso o permiso para pescar, no saliese con el pescado bajo el brazo.

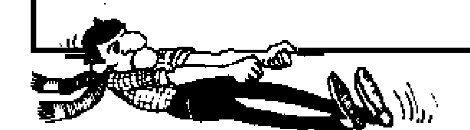
«Juanucho» probó suerte algunas veces, en diferentes guardias de serenos. Envolvía el pescado grande en bolsa de arpillera y dejaba fuera la cola. A excepción de las felicitaciones por los comentarios a la salida, nunca le hicieron problema.

Entonces, juzgó oportuno «hacer salir» la mortadela. La el envolvió con arpillera, le cortó la cola a un dorado, la hizo aparecer en la punta del envoltorio, lo metió bajo el brazo y enfiló hacia el guardián.

- ¿Otra vez con suerte, Juanucho ? ¡¡¡De nuevo dorado asado !!!

- Y si, patrón... esta carne a mí nunca me cansa...

Y muy campante continuó caminando.







IX
La burra.

Corría el mes de octubre de 1914.

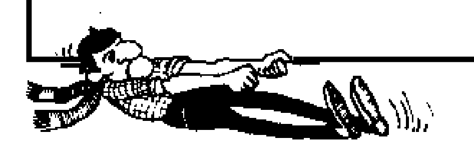
Los años de guerra en Europa igualmente dolían aquí en América. Cuando las radios a galena con su ruidosa magia dejaban escapar las noticias entrecortadas y lejanas, muchas lágrimas en veían en los ojos de los polacos, de los rusos, de los franceses y de los italianos que eran parte del personal que ocupaba la LIebig's.

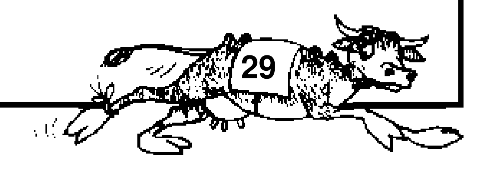
En tanto, el saladero era realmente, como se le decía desde el siglo pasado, «la gran cocina del mundo». Insípidos «pucheros franceses» se enlatabn por millares. Un pedazo de carne y un poco de caldo reforzado con extracto que en cualquier mesa del uruguayos se despreciaría por un verdadero asado, seguramente era un manjar inesperado para los pobres soldados que se pudrían heridos, acompañados por centenares de ratas en las trincheras llenas de hedor y barro.

Decenas de barcos -de esos de estructuras gigantescas y misteriosas con gruesa chimenea de vapor.- entraban y salían desde el puerto del saladero. Traían sal y carbón, escondiendo el bulto a los controles enemigos en el duro trajínnar del océano. Llevaban la apreciada comida y la enorme esperanza de llegar a puerto, si es que alguna mole submarina no le cortaba el paso y le mandara con los pucheros franceses y todo al fondo del mar.

Las mujeres de la «pintada», donde etiquetaban los tarros, se cuidaban de no ser descubiertas por los capataces mientras escribían anónimas cartas y saludos en el dorso de las etiquetas, preciado regalo para que el pobre muchacho que sin saber siquiera desde dónde le mandaban el misterioso mensaje, trataría de descifrar las palabras en español. «Fuerza, carajo!», «Adelante!», «Estamos con ustedes!»...

- Qué miseria, hermano! Ni una puta cosa pa'robarse! -se lamentaba Juanico -





La crisis también afectaba de cerca a la empresa y se rumoreaba que se suspendieron en breve las matanzas.

Juanico tenía la buena fam de ser el más ladrón del saladero, porque se «pelaba» cualquier cosa, aunque fuese para practicar el deporte de hurtar, jugando a no ser descubierto.

Eran las once de la noche y la actividad nocturna era importante. Cientos de obreros cumplían las labores en varias secciones. El puerto estaba concurrido y los electricistas buscaban la manera de iluminar mejor el muelle de madera para las operaciones de carga.

De pronto, una sirena comenzó a uluar. Eran las de la playa de faenas. Después repetidos campanazos. Y luego otra y otra sirena sonaron en medio de la noche donde solamente se habían escuchado los mugidos de las vacas en los corrales.

La gente de la «ranchada» comenzó a llegar preesurosa, sobre todo los bomberos voluntarios que eran llamados con tres pitazos seguidos cuando se les requería su trabajo de emergencia.

- Término la guerra!... Se acabó la guerra!!!... -se contagió la noticia de boca en boca del medio de la algarabía -.

Pronto, los gritos de las personas se agregaron a las sirenas y campanas.

Y también los pitazos fuertes y sonoros de los barcos surtos en el puerto.

En la playa, se suspendió la actividad.

Parsimoniosamente, el capataz general, una aleman bigotudo, dio el permiso para «suspender durante quince minutos la matanza».

Debajo de los dos grandes ombúes entre la puerta de la playa y los corrales, se reunieron los obreros. Se abrazaron y gritaban... muchos lloraban...

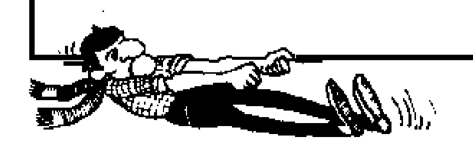
- A mí no me parece gran cosa! -decía Juanico al sereno en el portón grande-. Présteme algo en que sentarme, para aprovechar el asueto -solicitó-.

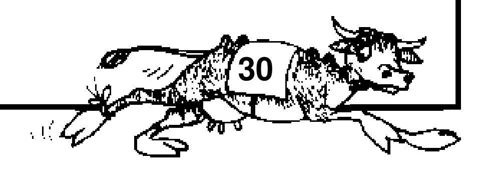
- Agarre ese cajón, nomá, Juanico. Lo trujeron de barco hace un rato, para entregarle al Contador mañana.

- Pucha que pesa, Doroteo !

- Y déjelo ahí, entonces. Y mientras se sienta, cuídeme de un rato el portón. Está lindo el jolgorio en este fin de la guerra !!!

Juanico se quedó solo en la portería. Se relamió mirando hacia todos los costados. Solamente el reloj en la pared movía su péndulo sin ruido.





- Ni una mísera rata para robarse ! Que los parió !

Revisó los cajones del escritorio. Una pluma para escribir, un tintero vacío, un sello de goma apelmasada y un fajo de etiquetas que «puchero francés» que el sereno usaba para los partes diarios.

Se volvió Juanico hacia su improvisado asiento. Armó una chala y pitó largamente cumpliendo su importante labor de «sereno».

Al día siguiente, muy temprano, el Contador y llegó al saladero.

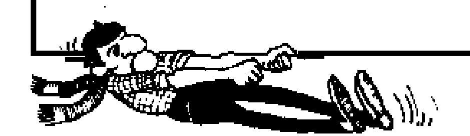
Se habían acallado todos los rumores de los festejos. La actividad era rutinaria y normal como la de cualquier otra jornada.

- Este cajón lo mandaron a noche del barco, Contador !. Con el relajo de los festejos nos olvidamos de guardarlo en su oficina, señor...

Don Nicomedes quedó blanco. Como se dice, como un papel.

Levantó el bulto sobre el escritorio, forzó la tapa y metió la mano entre las monedas.

- Es la «burra» para el pago de hoy y si nadie tocó nada, aquí tienen quehaber unas mil cuatrocientas libras esterlinas!!!





X
Ya ni en la luz se puede creer.



El problema de los huirtos era preocupante.

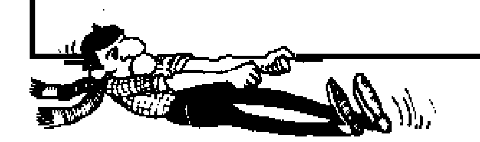
Seguramente se tenía calculado que tanto como se podían perder hasta cuatro novillos de los buenos por el mal manejo del cuchillo al cuerear o por alguno otro accidente, también los faltantes de materias primas y herramientas, podían estar dentro de las «pérdidas» normales de la empresa.

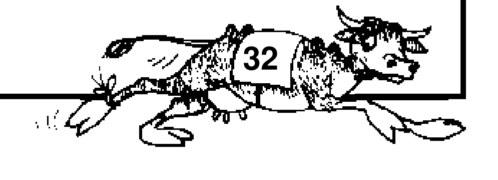
Pero al muy alto nivel de los capataces generales, se había decidido adoptar medidas para frenar la manía de los hurtos. Había que hacer «buena letra» con los ingleses y procurar estar entre los pocos privilegiados que podían tratar directamente con los «patrones», escalando posiciones.

Algunas acciones se planificaron muy en secreto, por ejemplo la de crear un pequeño grupo de inspectores que iba a visitar sorpresivamente las casas del barrio para sorprender «in situ» a obreros con materiales sacados de la fábrica sin la correspondiente autorización.

La buena voluntad de los serenos en la puerta no se ponía en discusión, pero su ineficacia estaba comprobada cien por ciento. Hasta los más avezados «perros» en la salida, veían burladas sus vigilancias. Miraban con detenimiento si los obreros salían «demasiado gordos», a pesar de la ropa que vestían en las cámaras frías, treta muy manida para sacar carne envuelta en el cuerpo. Se fijaban en el ruedo de los pantalones, a ver si uno no estaba más alto que el otro, indicando que la ropa estaba apretando alguna ristra de chorizos, una manta o un salame.

Cierto era, no obstante, que hacían la «vista gorda» con algunos consuetudinarios que no abusaban de su suerte de no ser descubiertos. Por ejemplo, con el «hormiga» Ramírez, -bien puesto el sobrenombre- que sin faltar un solo día a su





costumbre, sacaba dos latas de córned beef, una en cada bolsillo, sin que nadie le tocara jamás.

O como pasó con Ramiro «el entrerriano» que se habría «fajado» con un matambre y con tal mala suerte que al pasar por al lado del sereno se le cayó al suelo.

- No tiren con carne! -gritó Ramiro- y los cuidadores lo dejaron pasar, como una felicitación por la rapidez con que afrontó la adversidad.

El inspector se presentó en la casa 230.

Por sorpresa como estaba estipulado.

- Tenemos una orden de registro de la casa, Martíncho!. La fábrica está averiguando por algunas cosas faltantes y te ha tocado a vos...

- Pase normás... como en su casa...

Como un perro perdiguero el inspector olfateaba y miraba por todos lados. NI tarros de extracto en la cocina, ni latas de conserva en la alacena... nada que involucra a Martíncho con algún hurto.

Había dado resultado la tarea de «contraespionaje» interna. Avisado con tiempo de la inspección tramada «en secreto», se habían esfumado todos los elementos comprometedores.

El inspector se detuvo en la cocina.

- Y que me dice de la lámparilla, mi amigo?

- Y... Es de las que compra la patrona en «La Cooperativa»... en el pueblo, sabe?

El corpulento visitante casi rozaba con la cabeza el plafón colgante.

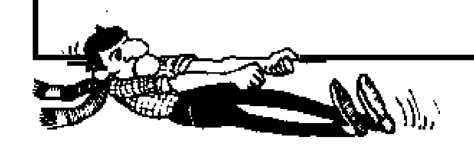
- Si me permite, me llevo la lamparilla como cuerpo del delito... y te me presentás mañana en la oficina del Personal.

- Qué cuerpo del delito ni ocho cuartos! Esa bombilla la compré y la pagué bien pagada en el almacén!

El inspector resguñó el vidrio y le sacó las cagadas de las moscas.

- Y de esto qué me decís, eh?

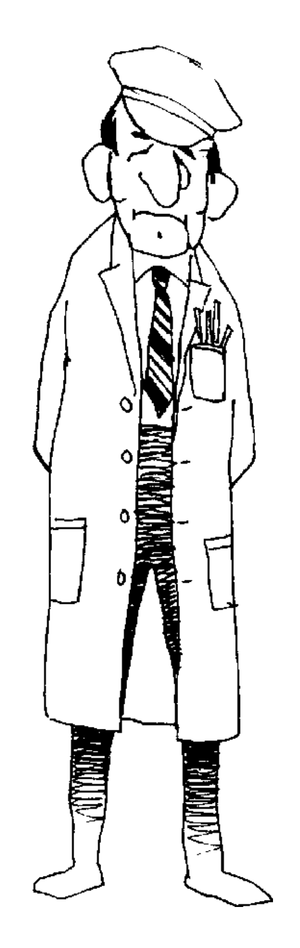
Como una de las maneras «super-secretas» ideadas por la fábrica, la Philips había fabricado bombillas eléctricas para ella y en lugar de su característico logo, con una marca apenas visible, la propia lamparilla delataba: «Robada del Anglo»...





XI
Un asado malogrado.

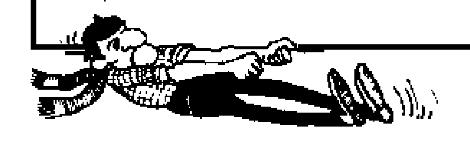
El «perro» Genciano recorría los angostos pasadizos, al lado de la moledora de huesos, justo donde los caños se separaban en racimos, transportando el vapor hacia los galpones de la pintada.



El viejo Genciano, tan criticado por estar «vendido a los ingleses» era uno de los más eficaces inspectores al servicio de la fábrica y parecía ser un coleccionista de despidos y suspensiones para los obreros que estuviesen en falta.

En olor a carne asada se percibía desde lejos. Y sobre todo para la nariz acostumbrada a la persecución de quienes, aprovechando momentos libres, se junta de a dos o de a tres para hacerse los churrascos «a la plancha» sobre las superficies calientes de los caños.

Como un sabueso humano, las narinas de don Genciano seguían por el aire el camino del aroma tentador, hacia su lugar de origen, seguramente también el sitio donde es-







tarían los asadores.

- Esta vez no se me escapan! -rumoreaba las palabras Genciano, apurando el paso-.

Poco más allá, en la penumbra de los corredores laberínticos, el «Zamba» Martínez -bautizado así porque era tan chueco que parecía siempre estar zapateando un malambo- y Albérico, «el chimenea» (por lo fumador empedernido), estaban disfrutando de las frescura de la semi oscuridad, compartiendo una chala, ya en sus últimas pitadas.

Los murciélagos que se arracimaban en el techo del corredor, se asustaron ante la aparición del inspector y, avisados los infractores, les dio tiempo para reaccionar.

El «Chimenea», con la colilla de cigarro pegada a la lengua, la dio vuelta magistralmente, encerrándola todavía encendida, entre la boca.

- Ustedes no un aprenden más, canejo! Pero esta vez no me van a joder... van derecho a la suspensión, ustedes.!

- Pero don Genciano, si no hacemos nada -se atajó el «Zamba»-. Solamente estoy consolando al Albérico, que tiene a su querida suegra con un pie en el cajón.

El «Chimenea» levantó la vista, apesadumbrado. Los ojos llenos de lágrimas, eran la muestra de dos realidades: la una, el cigarro encendido dentro de la boca que, pegado a la lengua no se apagaba y la otra, la demostración del gran pesar por la enfermedad de su «querida suegra», para redondear la mentira del compañero.

- Me hace que ustedes estaban fumando... -sospechó el guardián-

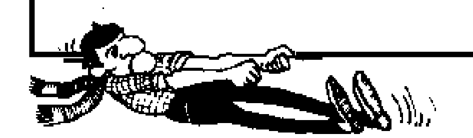
- Pero no, don Genciano... mire que no... Si sabíamos que usted andaba cerca... digo, sabemos que las pitadas están prohibidas...

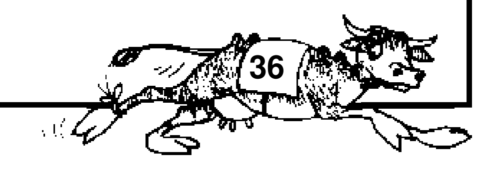
- Y vos... -dijo serio Geniano a Albérico- que me podés decir de ese olor a asado que anda por acá cerca?

El «Chimenea» casi hizo realidad su apodo, si el humo de la chal no se hubiera convertido en lágrimas. Pero, para responder, no tuvo más remedio que tragarse el cigarro.

- No es que se atrevido, don inspector, pero me parece que usted no llenado la cuota de suspendidos de hoy y quiere meternos en algo. Digo... me parece... con todo respeto...

- Acá lo que pasa que día por medio hay un olor a carne asada que mata... y si encuentro donde lo hacen, de seguro que van derecho a la oficina central a charlar con el Gerente...





- Revise, don Genciano. Revise, nomá... dijeron casi a dúo los sospechosos.

No hubo sagacidad ni experiencia que le sirvieran de nada al guardián. Se puso las manos tras la espalda y con pasos largos y lentos, se metió por todos los recovecos, mientras la nariz olfateaba ruidosamente.

El «Chimenea» y el «Zamba» esperaban confiados el desenlace. Ya habían pasado numerosas «inspecciones» y el escondrijo era excepcional, por más que el sabroso aroma recorría impunemente todos los espacios.

- Lo viá´encontrar... Estén seguros... Algún día d´estos... lo viá´encontrar. Y el viejo Genciano se alejó desconfiando.

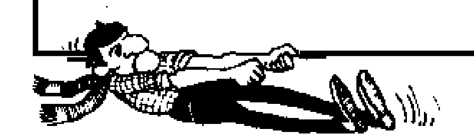
Asegurados de la ausencia, Martínez trajo la escalera de madera, la introdujo entre los gruesos caños del vapor y escaló hacia las alturas. El chirriar del asado casi ni se escuchaba, sobre todo porque para hacerlo elegían las horas en que marchaba la cinta transportadora de tarros desde la «Conserva» hacia la «Pintada».

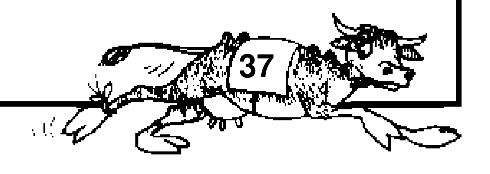
El grueso recubrimiento de amianto y de bolsas enyesadas que impedía la pérdida del calor del caño principal, tenía un corte tal cual una tapa. El experiente asados la levantó y el churrasco dejó escapar la humareda olorosa.

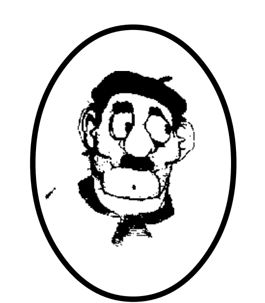
- Bueno «Chimenea». Aprontate pa´tirar el tajo...

- Por hoy paso, hermano... La gracia de tragarme la chala me apoyó toda la lengua...

Nota del autor: Como todos los cuentos, éste se base en una anécdota cierta. Cabe decir que el «Inspector» nunca pudo descubrir el escondrijo, ni aún pidiendo «confesiones de culpa» después de su jubilación.







XII
Quien perdona a un ladrón...

Facundo estaba disfrutando de su descanso. Tendría que haberse ido a la casa después de la agotadora jornada, pero no demoraría ni un día más en llegar otro barco al puerto y ni valía la pena cruzar toda la ciudad solamente para ir a tomar unos mates a la casa. Allí nadie le esperaba. Solamente «Mancucho» su fiel perro de tres razas. Pero con él no había problema. Los vecinos siempre tenían algún pedazo de puchero sobrante del mediodía para arrojarle por arriba del alambrado.

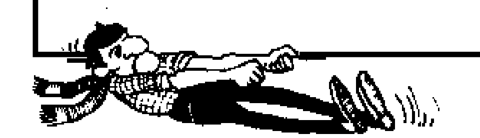
Ya caía la noche y qué mejor que «tirar unas liñadas» con el aparejo, colocando un tablón entre los fuertes maderos de quebracho colorado del muelle viejo y sentarse cómodamente disfrutando de la brisa fresca rasante sobre el río. Por lo menos tendría algunos bagres para dejar de pasada a doña Pasiva y aliviarla en el presupuesto de alimentar a sus catorce gatos.

La noche realmente estaba tranquila. Desde el muelle, algunos ruidos de la actividad del Anglo llegaban hasta las aguas quietas y se desparramaban, rebotando por la inmensidad negra. Unas voces que otras de los serenos que en parejas recorrían las costas y, -eso sí que era infaltable- los ruidos del chapaleo de los coletazos de los peces que se peleaban a la salida del «ladrón grande» por alguna tripa o un pedazo de grasa flotando.

Fray Bentos, a lo lejos, dormía su quietud de Villa y solamente algunas luces de las casas de la costa denunciaban la presencia del poblado.

De pronto, y en la negrura de la noche, un fogonazo iluminó las sombras, para el lado de los tanques de combustible. Fue como una sorda explosión y de inmediato el fuego, también silencioso, creció con llamaradas naranjas, elevándose.

Facundo largó la tanza de su aparejo y se cortó el dedo gordo del pie derecho donde tenía otra línea atada. Se largó al agua para llegar más rápido a la costa. El muelle por donde podría haber ido sin mojarse, se había incendiado hacía poco y





no estaban reparadas las maderas.

Tropezó bruscamente con toda cosa que había en el suelo, principalmente las amarras y los cabos de alambre trenzado. Pero llegó al sitio donde se iniciaba peligrosamente el fuego que ya se desplazaba hacia los gigantes tanques de dos millones de litros de fuel oil.

Corrió Facundo primero hacia la llave del caño maestro que llevaba el combustible desde y hacia los barcos del puerto. Se esforzó por cerrar la llave, haciendo fuerzas de gigante.

Y después se enfrentó a la masa del fuego que se alimentaba de pastos, maderas y aserrín de la Carpintería, ardiendo ferozmente, por la costumbre de tirar el aceite quemado de los motores.

Nadie se había percatado del siniestro y Facundo se encontraba solo.

- Mierda que me van a escuchar!

Y seguía peleando porque el frente de avance del fuego pudiese cortarse. Todo a costa de un esfuerzo loco y desenfrenado, sin pensar en las quemaduras que iba recibiendo.

- A la puta!... A la miércoles! - se quejaba- pero seguía denodadamente en su trabajo.

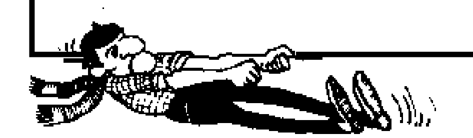
Cuando vinieron en su ayuda, el peligro ya había pasado y la intervención del veterano había salvado a la fábrica de un desastre gigantesco.

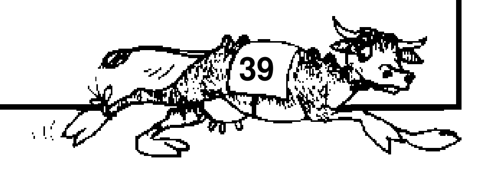
Quince días pasó Facundo curándose de las quemaduras y parte de su rostro guardó para siempre el recuerdo de aquella maldita noche, cuando ni siquiera estaba trabajando. Lejos de convertirlo en una falta de respeto o de desconocimiento por su heroicidad, igual sus compañeros lo bautizaron «cara de culo» porque se usó la piel de sus nalgas para trasplantarla en un injerto que le cubriera los daños causados por el fuego en plena frente.

De la casi olvidada noche del incendio, habían pasado como diez años. Facundo siguió siendo el mismo de siempre, animoso y juguetón, lleno de malas palabras, como forma de putear a la vida misma, esa que le había condenado a vivir sin familia, rodeado de alguno que otro perro que le acompañaba hasta el portón y después se volvía solo «pa´ la cucha».

Como adhiriéndose a la costumbre general, Facundo se llevaba siempre «pa ´las casas» alguna que otra cosita del Anglo.Sin abusar, por supuesto.

Pero un buen día -un mail dia, digamos- el viejo fue sorprendido con el producto de un hurto en un momento nada bueno en las relaciones con los «patronos». Y fue





suspendido con un sumario por despido.

El caso fue a parar, como todos los demás, a las sesiones en la Caja de Compensaciones, donde el Concejo Delegado discutía todos los problemas de relación empresa-personal.

El caso de Facundo, ni se discutía. Los delegados obreros, iban « a patear», pero igual eran conscientes de que no había poisibilidad de salvarlo del despido inmediato. No había ambiente ni siquiera para pedir una suspensión larga a cambio.

Me tocó trabajar en la transcripción desde la grabadora de lo conversado en la sesión secreta.

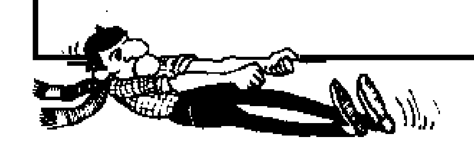
«Ven esta mano?, decía un asistente a la reunión. Estas cicatrices son de quemadurtas muy bravas. Me las hice una noche, hace como doce años, cuando la fábrica estuvo a punto de tener el más grande accidente después de la explosión de los tanques de amoníaco, en el 29... Una combustión espontánea de materiales de desecho inició un incendio enorme que no llegó a ser más por la intervención de un obrero, un simple obrero que ni siquiera estaba trabajando; aprovechaba sus horas libres pescando.

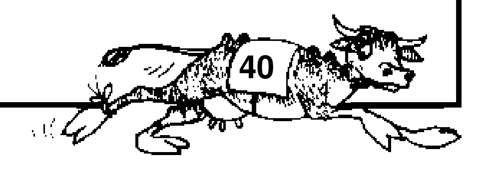
La simpleza de un hombre, que se olvidó de su vida y puso toda su fuerza y cariño por «su Anglo», nos salvó de algo de increíbles consecuencias.

En aquel momento, en medio de la noche, todos admiramos a aquel hombre, que luchó como fiera contra el fuego. Y después que se reintegró a trabajar, nadie más le dijo nada. Nadie le hizo un reconocimiento. Ni siquiera los ingleses de aquel entonces. Por eso me han dolido más estas cicatrices, porque en medio de esa selva de edificios, en medio de las patas de las vacas y de las media reses colgando, a veces nos olvidamos del hombre, de la persona como tal...

Por eso, señores, propongo para el caso de don Facundo Peñalba, una suspensión de un día...»

Volví la cinta del grabador algo hacia atrás. En efecto, era la voz del delegado patronal...





XIII
AL PAN, PAN. Y AL VINO... TINTO.

Hay una febril actividad en el Anglo. Corren años de trabajo. Corren vientos de guerra. Como hay quien compra, el Anglo produce. Es la década del treinta y las secciones de producción cada día se hacen más numerosas, al compás de la increíble actividad fabril. Ya no son solamente las producciones tradicionales de la carne congelada o de las conservadas enlatadas. Hay mercado suficiente para colocar decenas y decenas de otros sub productos salidos de las riquezas agrarias del rico suelo uruguayo.

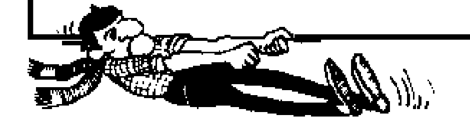
Lenguas de cordero, lenguas ahumadas, dulces y mermeladas, hortalizas enlatadas, conejos, aves de corral y hasta jabones integran la larga lista de productos de calidad casi insuperable que se amontonan en los galpones cercanos al puerto ultramarino del Anglo para viajar hacia Europa... si los carniceros nazis les dejan abandonar la boca del estuario del Plata...

Hace pocos días, habíamos sabido que el «Golden Star», al que habíamos cargado hasta el tope de mercadería, estaba dando de comer productos del Anglo de alta calidad a los peces del océano. La negra mole del «Graff Spee» se le había interpuesto en el camino y sus mortíferos torpedos habían cumplido su función a la perfección.

Estoy ahora trabajando en la sección Conserva. Entre las tareas nuevas está la de fabricar toneladas de tuco para las albóndigas y para los ravioles. (Hasta ravioles enlatados! Quién diría que llegaríamos a esto!)

Todo lo que se fabrica es de primera calidad. A pesar de que se trabaja con cantidades enormes, igualmente las recetas son respetadas al máximo y el olor exquisito al tuco casero inunda todos los rincones.

Mi gran problema no son las especias, ni la cebolla picada, ni la salsa de tomates. Mi problema es el vino. Desde mi lugar de control, veo todo el movimiento de la gente que entra y que sale; la que carga las zorras con latas de conserva y que carga las retortas, la que saca las latas calientes echando vapor luego de los cuarenta y cinco minutos de cocción a 240 grados farenheith y las lleva, empujando las zorras por los rieles, hasta la draga a cangilones que conducirá la producción ya lista para la sección Pintada, donde las mujeres esperan para acomodar la conserva en enormes pilas que parecen pirámides, para que sazonen.



También veo a la gente que está cocinando. Generalmente esos cuatro o cinco no me preocupan hasta el momento que tienen que echarle el vino al tuco. Hay que estar atento como su fuese ese el minuto crucial para que todo se haga correctamente. Y no vayan a creer que eso del vino es por un control culinario... es porque si me descuido... me lo toman!

Aunque yo no bebo, el vino es mi dolor de cabeza. Es una prueba para mi ingenio, porque he tenido que idear una y mil formas para no perder de vista el vino y asegurarme que se verterá finalmente en el tuco para darle el «toque» definitivo.

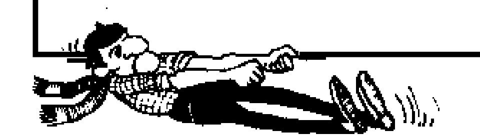
Las he pasado todas. Primero les deposité confianza y les dejé el tonel a disposición. Por supuesto, me lo robaban.

Después me traje el tonel a mi despacho y les daba exclusivamente el vino en una lata de seis libras. Yo veía claramente que le echaban el líquido... pero era agua. En los treinta metros desde mi control hasta la batea, me pegaban el cambiazo a la lata. Y el vino... me lo robaban!

Ahora estoy más tranquilo. Es ridículo lo que he inventado. Pareciera que estamos en una ceremonia japonesa. La «ceremonia del vino», me la llaman todos. Pero estoy seguro que ahora sí llega a destino. Hay un encargado responsable de traer la lata a buscar el vino. Le entrego lo justo y, con la lata en alto, sobre la cabeza, debe hacer el recorrido y al llegar a la gran olla, tiene que verter el líquido. El chorro es nítido. Es tinto. Es el vino que ahora, felizmente, llega al tuco para los ravioles y las albóndigas... Esta vez se las he ganado...

Nota de los bebedores de vino de la Sección Conservas:

Eso es lo que vos te creés! Desde tu posición, «parece» que el vino cae en la batea del tuco, pero en realidad, el «petizo» Salvatiera, el encargado de proveer «bebestibles» para los asados y las parrilladas de la Sección Grasería, recibe el chorro en un embudo de hojalata que nos hizo el «Maneco» Patrone en la Sección Hojalatería y el vino pasa por un caño que nos consiguió el «Aguilucho» Martínez en los Almacenes y se guarda en una damajuana bien limpita que nos trajo la «Beba» Camacho... Todo un trabajo de equipo... viste?





EL FRIGORIFICO
Y NUESTRA GENTE...

Que le dimos de comer a la guerra?
Que dimos nuestro fruto a Europa?
Que nos expoliaron?
Que después se fueron?

Tal vez, pero...

Dimos nuestro trabajo...
Forjamos una sociedad
sin importar naciones,
sin importar idiomas,
sólo ofreciendo al hombre
nuestro respeto.
Formamos una familia
con hijos de trabajadores
sin castas ni diferencias,
que cobijó al inmigrante
mezclando sangres y sudores,
bebiendo de una sola copa:
la del amor al trabajo.

Y hoy...

Cuando los años nos enseñaron
que todo es efímero, que todo es pasajero,
que las riquezas se esfuman
y que los buenos tiempos se queman
en hediondos humos de guano,
Fray Bentos aprendió,
y hoy se los enseña a todos,
que lo que nunca muere, lo que permanece,
es la sociedad afable, de manos tendidas,
que es imposible que cambie,
porque se generó en el amor
y en el trabajo...

UN AGRADECIMIENTO MUY ESPECIAL...

Seguramente este trabajo no hubiera tenido
el final feliz de la edición si no hubiesen
existido dos partes: el autor, por
supuesto, y quienes contaron
sus anécdotas.
A ellos, a los obreros del Anglo, quienes
nos enseñaron con el día tras día
de su esfuerzo que la vida
es eso - esfuerzo -
mis gracias.

Creo que esta forma - el libro - es una solución
para que la historia se haga historia.
Porque nada de lo que fue,
si otro no la conoce,
es historia.

Y este trabajo de hurgar en los documentos
y bucear en la vida de los hombres, buscar
cuentos, buscar dichos, contar cosas,
no sería posible sin el que cuenta
y el que escribe.

Por eso: gracias a los que contaron,
gracias a los que recordaron,
gracias a los que trabajaron.

Y perdón por las lágrimas
que siempre el recuerdo nos trae consigo.

René Boretto Ovalle

